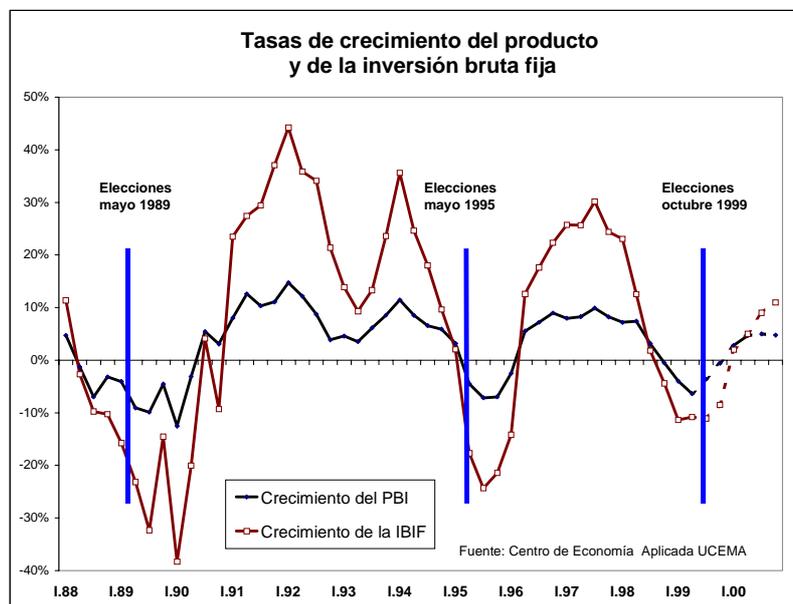


# ¿ Recesiones Preelectorales en Argentina ?

Por Jorge M. Streb\*

Los ciclos políticos se suelen asociar con una expansión de la economía antes de las elecciones. Es un tema clásico en los Estados Unidos: un presidente que llega con bajo desempleo y con una economía en crecimiento a las elecciones tiene mayores probabilidades de ganar. Esta conducta de los votantes le da al presidente un incentivo para usar políticas expansionistas, de tipo monetario o fiscal, antes de las elecciones. Desde ya, la posibilidad de manipular estos instrumentos para aumentar las posibilidades de reelección depende del grado de discrecionalidad que el poder ejecutivo tiene.

Tomando en cuenta las motivaciones electorales, uno tendría que esperar que el año político en la Argentina contribuyera, en todo caso, a recalentar la economía. Pero incluso dejando de lado la difícil transición a la democracia en 1982/1983, parece pasar todo lo contrario en la Argentina. Las elecciones de 1989 estuvieron signadas por una tremenda caída de la actividad productiva, en medio de la explosión de la hiperinflación. Las elecciones de 1995 y 1999 se caracterizaron también por una fuerte recesión de la economía, en medio de la deflación. Si bien influyeron factores externos para desencadenar el proceso recesivo tanto en 1995, con la crisis mexicana, como en 1999, con el impacto de la crisis rusa y la brasileña, para entender la profundidad y persistencia de la recesión hay que mirar hacia adentro. Hay un patrón común a 1989, 1995 y 1999: las dificultades de la transición política.



En las democracias constitucionales establecidas, las elecciones no suelen ser algo traumático. Gane quien gane, las reglas de juego están claras. Además, hay un sistema de frenos y contrapesos que limita la posibilidad de conductas arbitrarias del nuevo gobernante. Si bien la elección de un nuevo presidente o primer ministro entraña incertidumbre en cualquier país, el margen de acción que tiene el nuevo mandatario es bastante reducido en comparación con lo que sucede en América Latina. Refundar la república, al estilo de Chávez en Venezuela, o de Fujimori en Perú, es impensable. La consecuencia de esto es que si bien hay incertidumbre en las democracias constitucionales estables, esta incertidumbre tiene un impacto limitado sobre las

decisiones económicas. Nadie espera giros de 180 grados en la política económica, por más intenciones transformistas que tenga el nuevo mandatario. Las propuestas tienen que pasar por el filtro del Congreso, y están sujetas a revisión por un poder judicial independiente.

Desde este punto de vista, la Argentina está a prueba. Con cada elección, la duda es si se van a mantener o no las reglas de juego establecidas. En las elecciones de 1989, estaba en discusión si las nuevas autoridades iban a respetar o no la deuda interna después de las elecciones (la deuda externa ya estaba casi completamente en mora). Si hay fuertes dudas sobre si el gobierno va a repagar la deuda interna, esa deuda no va a ser refinanciable a ninguna tasa. La hiperinflación se puede ver como la contracara de la total desaparición del crédito público.

En las elecciones de 1995, estaba en juego la Convertibilidad. Desde 1991, el gobierno argentino ha insistido en el respeto a rajatabla de los contratos en el mercado de capitales. El mercado entendía que el mantenimiento de la Convertibilidad estaba relacionado con la continuidad de Menem. Si bien lo más virulento de la crisis se frenó en marzo de 1995, cuando intervino el FMI para socorrer a la Argentina, los depósitos recién revirtieron la tendencia declinante después de que Menem ganara la elección.

En estas elecciones, la Convertibilidad en principio no estaba en juego. Tanto el P.J., como la Alianza a partir de 1997, apoyaban su continuación. De todos modos, siempre subsiste cierta incertidumbre sobre qué es lo que va a hacer el sucesor, más allá de sus declaraciones verbales. Es más, durante la campaña las mayores dudas fueron generadas por Duhalde, al pedir un tratamiento político de la deuda externa, como si los contratos fueran una mera expresión de deseos, que puede ser revisada a gusto y placer de los gobernantes de la Argentina (esto, de hecho, está dentro de nuestras más arraigadas tradiciones del período pre-Convertibilidad). Las declaraciones de Machinea, Remes Lenicov y Sturzenegger en Nueva York fueron una reafirmación de que ninguno de los candidatos pensaba tirar abajo las reglas de juego.

La Convertibilidad significa para la Argentina mucho más que un tipo de cambio fijo. La Convertibilidad marca un antes y después en las reglas de juego. Como un alcohólico que no puede probar, durante su rehabilitación, el vino, la Convertibilidad es nuestra manera de mantenernos sobrios. Asegurar no sólo que no habrá devaluación, sino que los depósitos en dólares son dólares y no pesos; que los depósitos en pesos son pesos y no bonos a 10 años; que la moneda es un medio de pago estable y no un medio para financiar las conveniencias políticas del gobierno de turno.

La Argentina está demostrando en este proceso que es un país que se caracteriza por el gobierno limitado. El sistema de frenos y contrapesos lo prueba, entre otras cosas, la derrota del intento de una segunda reelección presidencial. Este afianzamiento progresivo de las instituciones, más allá de personas específicas, va a contribuir a que futuras elecciones presidenciales no estén rodeadas de esta incertidumbre excepcional. Esta incertidumbre política que, hasta ahora, ha llevado a estos ciclos económicos a la inversa en la Argentina.

\* Jorge M. Streb Ph.D. Berkeley. Es profesor full time del CEMA

*15 de Diciembre de 1999*